

Cultura.

1514

SUPLEMENTO DE
LA NUEVA ESPAÑA

JUEVES, 17 DE ABRIL DE 2025

A través de 219 misivas entre sus hermanos y él, la lectura de «Los Wittgenstein, una familia en cartas» nos permite adentrarnos en la vida privada de uno de los más destacados filósofos del siglo XX, **Ludwig Wittgenstein** (1889-1951), el benjamín de la familia. Aparte de las 84 cartas escritas por él, el resto de la casi totalidad son de su hermana mayor, Hermine, nacida quince años antes que Ludwig, y de Helene, diez años mayor que el filósofo, de Margaret, que le lleva siete, y de Paul, tan solo dos años mayor que Lucki, uno de los apellatados con el que sus hermanos le tratan.

No estamos ante una familia en la que uno de sus miembros llega a destacar enormemente, permaneciendo el resto en un sombrío anonimato. No. Su abuelo es millonario, su padre lo es aún más y cualquier austríaco reconoce fácilmente a los Wittgenstein. Empresarios, mecenas, artistas y promotores culturales y de la beneficencia, mantienen selectas relaciones sociales: **Gustav Klimt** dedica a Margaret uno de sus famosos retratos y **Sigmund Freud** se inspira en ella. **Maurice Ravel** compone su «Concierto para piano para la mano izquierda» pensando en Paul, músico de profesión a pesar de perder el brazo derecho en la Primera Guerra Mundial.

Pero a medida que nos adentramos en esta correspondencia, queda patente que todos saben que Lucki es especial. Alistado voluntario desde el primer momento en la «gran guerra», soldado raso, cabo, alférez y finalmente teniente, y condecorado por su valor, es hecho prisionero el último año y, ya liberado, ultimada la contienda, ha de heredar junto al resto una inmensa fortuna, pero la rechaza en favor de sus hermanos.

Se prepara para obtener el título de maestro de escuela y ejerce durante siete años, a pesar de que ya ha escrito el «Tractatus lógico-philosophicus» y que no le faltan propuestas de mejor empleo, pues mantiene contactos, entre otros, con el lógico matemático y filósofo **Gottlob Frege** (1848-1925), en quien se inspira de joven, con **Frank P. Ramsey**, matemático y filósofo y primer traductor al inglés del «Tractatus», con el matemático **Philip Jourdain**, a quien el veinteañero Ludwig envía en 1909 la solución a una paradoja de la lógica matemática de **Bertrand Russell** (1872-1970). Es precisamente con este ya famoso profesor de lógica matemática de Cambridge, Russell, con quien mantendrá una relación de amistad filosófica muy estrecha y quien se convertirá en su mejor valedor, interesado vivamente por

Wittgenstein, la persona tras el filósofo

Fueron nueve hermanos y cinco sobrevivieron y lo contaron en una correspondencia inédita que ahora ve la luz en castellano

Silverio Sánchez Corredera

ese joven de quien, según relata Hermine, el consagrado filósofo espera en 1912 que «el próximo gran paso en filosofía lo dé su hermano».

Pero él ha decidido ser maestro rural y renunciar a una vida regalada, aunque recibe con alegría el chocolate y las viandas que sus hermanas y hermano le envían a aquellos pueblos remotos donde solo se llega a pie. Muchos pensarán que ha de estar loco porque, de otro modo, ¿qué le pasa?



Los Wittgenstein, una familia en cartas

Edición de Brian McGuinness
y Radmila Schweitzer
Traducción de Isidoro Reguera

Acantilado, 352 páginas
24 euros

Lo que llega a entrecerarse en las cartas es que por encima de todo elige la independencia. Ama sin duda a su familia, los estima uno a uno tal y como son, pero no quiere quedar mediado por la gravitación familiar. Si renuncia a la herencia, corta el cordón umbilical. Es lo que hace, se compra su libertad.

Pero por qué no acepta directamente la invitación de Russell, para integrarse en la universidad, que es el nivel donde encajan sus investigaciones. También hay que intuirlo o medio adivinarlo. En plena producción de su primera filosofía ya está gestando su segunda navegación. Vive en crisis existencial, no está satisfecho, quiere exigirse más y se halla dividido pero no sabe por dónde tirar.

Enseñar a niños supone que se asegura lo más elemental de la existencia. Se lo toma muy en serio, no es una mera escapatoria. Y por temperamento —tal vez escrupuloso— y por la conciencia que se está construyendo, siente que no es todo lo buena persona que cree debería ser. Y puede llevar su autocrítica al límite: «A la última observación de tu carta quiero responder sólo que, por esa ingenuidad que te honra, no tienes ni idea de hasta qué punto me dominan las motivaciones más viles. Soy un ser extraviado y completamente indigno de vuestro afecto a menos que un milagro me salve. No quiero decir más», le escribe el 9 de enero de 1924 a su hermano Paul. De algún modo, en un golpe de sinceridad, se defiende de la excelsa idea que su entorno familiar se iba haciendo en la distancia.

En 1934 responde a Helene: «Escribes en tu última carta que soy un gran filósofo. Efectivamente lo soy, pero no quiero escucharlo de ti. Llámame buscador de la verdad y me quedaré satisfecho».

Vemos en fechas anteriores cómo su hermana Hermine, la más conciliadora de todos, valoraba en 1917 la lucha interior en la que ve que se debate: «Que quieras ser mejor y más inteligente sólo significa que no estás satisfecho de ti mismo, pero espero que no hasta el punto de abocarte a una depresión, sino tan sólo de estimularte a trabajar». Y pocos meses después hace de su hermano este retrato: «...para mí estás inseparablemente unido a todo lo bueno, grande y bello en el mundo, más que cualquier otra persona y de un modo diferente. Quería decírtelo al menos una vez y basta.» Y en 1918: «Hoy hablaba con mamá de ti y de repente dijo: 'Ludwig se preocupa tanto por los demás que se le podría

Pasa a la página siguiente

El filósofo famoso nos resulta ahora doblemente familiar

Viene de la página anterior

pedir consejo en todo y contar con su apoyo'. Me hizo feliz por ti escuchar esto y tenía que escribírtelo inmediatamente. Siempre he sabido que eres el único de los chicos que escuchas cuando se te cuenta algo y que muestras interés humano, pero sólo hoy he comprendido lo importante que es».

Los chicos de la familia eran, además de Paul y Ludwig, Konrad, quien se suicidará a los cuarenta años poco antes de acabar la guerra, y cabe deducir que Hermine no se refiere ya, seguramente, ni a Johannes ni a Rudolf, que se habían suicidado a principios de siglo a los 25 y a los 23 años, incapaces, a lo que parece, de afrontar la presión a la que Karl, su padre, les sometía como varones llamados a dirigir las empresas familiares. Tiempos difíciles de férrea educación familiar, de la que parece que se libran los dos hermanos menores.

Toda la correspondencia, comprendida entre 1908 y 1951, recorre desde los 19 años hasta pocos días antes de que Ludwig fallezca (el 29 de abril a los 62 recién cumplidos), y está atravesada de tres elementos que destacan: los densos afectos, la música a raudales y las dos despiadadas guerras.

Arraigada en los estrechos afectos entre hermanos —sin que falten algunas desavenencias leves, alguna grave—, destaca de un modo muy especial la pasión que todos comparten por la música. Los melómanos que lean esta correspondencia disfrutarán sin duda de la sinfonía de referencias musicales que fluye por sus páginas. Solo Paul es intérprete de profesión, pero vemos a todos los demás igualmente poseídos por esta pasión musical. Ludwig, en concreto, toca el clarinete. Y da la impresión de que, entre continuos ensayos y conciertos, penetramos en la esencia cultural de Austria. Pero el elemento que más se impone es el eco de las dos guerras, hasta cambiar la biografía, los sentimientos y las ideas de nuestro filósofo, además de las del resto del mundo, incluidos los lectores.

El filósofo que se propuso el rechazo de todo rastro de vanidad junto a la exigencia de un lenguaje siempre veraz, y que, por encima de todo, se empeñó en entender afanosamente lo que se esconde, ya no sólo en los crudos hechos que el lenguaje llega a desvelar, sino todo lo que existe de real e inexpresable, bien podría aclararnos algunos enigmas sembrados en su tiempo: ¿Por qué fue posible que los diferentes afanes imperialistas europeos de la Gran guerra llevaran a nuestro continente hasta el mismo precipicio? Y nos preguntamos qué llegó a pensar el filósofo cuando la encumbrada familia Wittgenstein fue clasificada como *Mischlinge* (mezclados), arios pero mestizos judíos, según las leyes raciales nazis.

Wittgenstein, filósofo famoso, nos resulta ahora doblemente familiar, porque también nos resulta cercano: su tiempo sigue siendo en parte el nuestro, incluido el nazismo.



LIBROS



No voy a ninguna parte

Rumena Bužarovska

Traducción de Krasimir Tasev

Impedimenta, 234 páginas
22,50 euros

Estampas de Macedonia

Rumena Bužarovska retrata en «No voy a ninguna parte» a mujeres en busca de la autoestima perdida

M. S. Suárez Lafuente

Rumena Bužarovska, nacida en 1981 en la ciudad de Skopje, actual Macedonia, se dio a conocer en nuestro país en 2014 con la colección de relatos «Mi marido», en la que ya hacía gala de una finísima ironía para poner de relieve las mentiras cotidianas de la convivencia familiar. En esta nueva compilación de historias no tan breves sigue en la misma línea, por eso la crítica la ha denominado «un ácido manual de supervivencia». Bužarovska ha escrito también una novela, aún no traducida al español. Es profesora de Literatura en la Universidad Estatal de su país y trabaja en el reconocimiento de autoras literarias con el proyecto PeachPreach, continuación del movimiento MeToo; colabora con la prensa y la radio de manera regular y ha traducido varias novelas clásicas inglesas.

«No voy a ninguna parte» se articula en siete relatos. En todos ellos predomina la frustración de un personaje principal que ve fracasar sus expectativas, lo que sublima dejando «a lo largo de todo el camino un rastro» triste y desagradable. Ese rastro está formado por la acumulación de un vocabulario negativo que habla de degradación y despierta una intensa desazón al leer, la de la incertidumbre de en qué desastre va a terminar la historia.

Los olores personifican el estado de ánimo de estos personajes. El relato que da título al libro comienza directamente con un «olor a sofrito que inunda la habitación» y que se convierte en «nauseabundo», para preludiar el guiso «insípido y grasiento» con que Riste identifica a su madre. Sin embargo, en «El florero», es el olor «fresco» y «floral» de la amiga inglesa el que le recuerda a la protagonista las manos que la acariciaban «cuando era pequeña». El olor que predomina en todo el libro, no obstante, es el olor acre de la sudoración nerviosa que sufren los personajes principales.

En «El florero» hay una imagen que metaforiza el sentir generalizado de la colección: mientras espera en la calle a su marido, la narradora, que acaba de comprar una caja de cerillas con el último dinero que les queda, va «encendiendo una a una las cerillas», que deja caer a sus pies en cuanto se queman hasta la mitad. «Cuando llegó mi marido, yo estaba en el centro de lo que parecía una pequeña hoguera», resume. No es sólo que ella no apure ya las posibilidades de cada cerilla, que se desespera al contemplar todas sus ilusiones quemadas inútil y definitivamente, sino que él no se da cuenta de su sufrimiento moral: «Ni siquiera había reparado en la pequeña hoguera que me rodeaba».

Estos desencuentros del día a día acentúan el sentimiento de soledad «en compañía», socavan la autoestima de las mujeres y las llevan a buscar calor en el alcohol y, con frecuencia, en el mutismo y la autoanestesia psicológica, hasta un punto en el que ya es «imposible quebrantar su impasibilidad y su desamparo», escribe la autora en «No voy a ninguna parte». Sin embargo, siempre hay una referencia a tiempos mejores, cuando ellas aún eran jóvenes ilusionadas y no se habían convertido en «gordas y deformadas, desaliñadas, serviciales, dóciles, lamentables». Bužarovska da cumplida cuenta en sus relatos de las razones cotidianas de esos cambios.

Ofrece también un toque de esperanza al final de cada relato. En el último, Vesna, la protagonista, consigue



Rumena Bužarovska. | Impedimenta

El olor que predomina en todo el libro, no obstante, es el olor acre de la sudoración

recuperar su dañada autoestima a través de la música que la acompañaba en tiempos más felices. Enfrentada a una situación de tensión, para ella extrema, vomita literal y mentalmente todo lo que la condicionaba: el alcohol, el miedo, la frustración, el acoso y su propia degradación física. Así, tanto el relato como la colección concluyen con una nota positiva, abierta a la esperanza, con una Vesna que, aliviada y empoderada, marcha «con paso enérgico» a enfrentarse con su vida. El relato se titula, significativamente, «Ocho de marzo».

Hablando de desigualdad

Piketty y Sandel sostienen que la globalización meritocrática abrió camino al populismo derechista

Oscar R. Buznego

La desigualdad entre los seres humanos es un hecho ubicuo e intemporal, un atributo inscrito en la naturaleza y una consecuencia derivada de la organización social a partes también desiguales. La distribución de riqueza, conocimiento, habilidades y todo tipo de recursos y oportunidades ha sido siempre y es, aunque haya habido grandes variaciones, asimétrica. Y ha condicionado, incluso de forma determinante, las vidas de las personas. Observamos la situación de los demás y la comparación, que se hace inevitable, azuza las emociones más poderosas, de la compasión a la ira y el miedo. De la desigualdad puede surgir tanto el espíritu solidario como el conflicto. Esta es la realidad, que sin embargo muchos se resisten a considerar un destino fatal. La aspiración a la igualdad no tiene el mismo carácter universal, ya que hay quien piensa que es inútil o contraproducente, pero constituye una poderosa fuerza histórica. El anhelo igualitario nunca se ha visto colmado y ha provocado con frecuencia tremendas

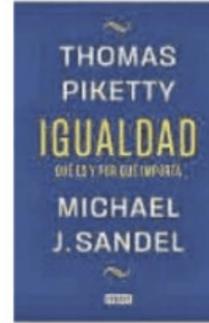
frustraciones, pero a la par ha traído cambios prometedores. En nombre de la igualdad se han cometido crímenes masivos y se han convertido ilusiones en experiencias habituales. Así pues, resulta más que comprensible la atención prestada al asunto por los filósofos y científicos sociales.

La igualdad y su reverso fue tema de conversación entre **Thomas Piketty** y **Michael J. Sandel** en la Escuela de Economía de París en mayo de 2024. Piketty, historiador, es autor de dos mamotretos que causaron un gran impacto, «El capital en el siglo XXI» y «Capital e ideología», en los que expone los avatares de la desigualdad con un amplio surtido de evidencia empírica. La obra de Sandel, filósofo que ha popularizado sus clases online en Harvard, está centrada en la relación del mercado con la justicia. La charla, distendida y ágil, transita mínimamente ordenada por diferentes aspectos de la cuestión, preguntándose a cada paso uno por la opinión del otro. Hablan del estado de bienestar, la inmigración, la meritocracia, los populismos, el gobierno de los desequilibrios mundiales y más.

En el encuentro afloran coincidencias ideológicas y diferencias. Los dos sostienen postulados de izquierdas. Son partidarios de la desmercantilización en mayor o menor grado de la vida en general, de la redistribución y de una profunda revisión de la socialdemocracia. Las discrepancias asoman, aunque no lleguen a explicitarse abiertamente, en el momento de concretar las propuestas. Se percibe, no obstante, un desacuerdo de fondo. Piketty es constante poniendo el énfasis en la redistribución, a través de un sistema

fiscal progresivo, y en el control del Estado. Defensor de un socialismo democrático, aboga por un reparto paritario del poder en la empresa entre accionistas y empleados. Sandel, que en el debate del más alto nivel suscitado por la publicación en 1971 de la «Teoría de la Justicia» de **John Rawls** entre los liberales americanos estuvo junto a los comunitaristas frente a los individualistas, repara en la preeminencia de lo común, el sentido de pertenencia y la participación, valores motrices del republicanismo cívico.

Los dos concuerdan en que la socialdemocracia, con **Blair, Schroeder, Clinton y Obama** al frente, promoviendo una globalización meritocrática que dividió la sociedad en ganadores y perdedores y desató un efecto polarizador, prepararon la llegada del populismo derechista. Pero difieren en su idea de la izquierda para el futuro. Piketty pide una vuelta a las políticas abandonadas por la socialdemocracia de impuestos elevados y un reparto intensivo de riqueza y poder. La reflexión de Sandel está orientada por fundamentos éticos y conduce a una comunidad política en la que la igualdad debe servir para facilitar el respeto y el ejercicio del derecho a la voz y el voto de toda persona, sin distinciones. Ni Piketty ni Sandel aclaran qué igualdad desean y si la consideran posible, aunque cabe intuirlo, pero esta conversación incita a la lectura de sus obras mayores. Después de todo, es probable que la persecución de la igualdad no tenga final.



Igualdad

Thomas Piketty
y Michael J. Sandel

Traducción de Albino
Santos Mosquera

Debate, 152 páginas
17 euros

Antonio Manzini, del giallo al noir

El novelista romano entrega otra aventura del policía Rocco Schiavone, que esta vez arranca en un hospital

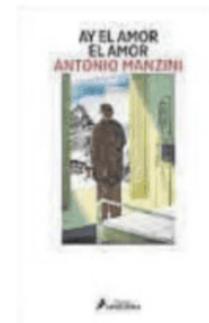
Alejandro M. Gallo

La novela negra italiana actual, heredera del *giallo* de posguerra, tiene unas características que la marcan. Así, el escenario es siempre Italia, pero el tiempo es tripartito: el Imperio Romano, el fascismo y el presente. Los autores que circunscriben sus tramas a la actualidad han repartido el territorio, como si evitasen la competencia: Venecia es de **Donna Leon**, Sicilia de **Andrea Camilleri** y **Leonardo Sciascia**, Roma de **Carlo Lucarelli**, Florencia de **Marco Vichy**... Y, sin embargo, en todos se da un denominador común, como autores mediterráneos: la gastronomía y la vehemencia de sus personajes.

En ese escenario debutó hace diez años **Antonio Manzini** (Roma, 1964) actor, guionista y director teatral, con «Pista negra», y siguiendo la tradición del policial italiano de no pisar el escenario de otros, asentó sus tramas en los Alpes italianos, cerca de Turín, en el Valle de Aosta. La crítica en nuestra tierra fue casi unánime: una trama al-

go simplona, pero con un protagonista fuera de lo común y con mucho futuro. Es decir, un autor y protagonista a los que había que seguirles la pista.

Desde entonces ha publicado siete novelas y una serie de televisión con veinte capítulos, titulada «Rocco» e interpretada por **Marco Giallini** como el jefe policial Rocco Schiavone. En todas se mantiene el escenario del Valle de Aosta, adonde nuestro protagonista ha sido destinado de forma forzosa como castigo a ciertas actividades poco éticas en Roma. Es un turbio policía romano, con mala leche, un agente amoroso, heredero del *hardboiled* norteamericano; una especie de bandido legal de buen corazón, que acude al trabajo de mala gana, hasta con desprecio. Se siente el peor de todos los hijos de puta del planeta, aspira a jubilarse a los 55 años cerca del mar y fuera de Italia y casi todo «le toca los cojones», hasta tal punto que ha elaborado una escala para medir las situaciones que más se los tocan, en la cúspide se encuentra investigar asesinatos. Con prosa ágil, despojada de florituras, Manzini piensa si la impu-



Ay el amor el amor

Antonio Manzini

Salamandra
318 páginas
22 euros

vez de la calma o la frialdad. Un personaje que necesita comenzar el día con un buen porro en su despacho antes de afrontar la jornada.

La suerte de secundarios enriquece la trama. Así, nos presenta a los incompetentes D'Intino – ineptitud capaz de causar daños colaterales a sus colegas – y Michele Deruta – ciento diez kilos de peso en zapatos del 38 –, a los que Rocco llamará sin pudor «cretinos». Luego están Italo Pierron, una especie de escudero que nunca ha salido del Valle y al que chulea cigarrillos, la inspectora Caterina Rispoli, a la que considera la más capacitada del equipo, y el forense Alberto Fumagalli, cuyo humor caustico exaspera a nuestro protagonista.

En esta última entrega, «Ay el amor el amor», Rocco Schiavone se recupera en el hospital de una operación. La situación es tranquila hasta que se entera de que Roberto Sirchia, un rico industrial de la ciudad, acaba de morir durante una intervención idéntica a la suya. La familia del empresario sostiene que ha sido una negligencia médica y denuncian al cirujano y a su equipo, pero Rocco investiga y hace preguntas hasta convenirse de que no ha sido un error de quirófano, sino un asesinato encubierto. Entonces, aún convaleciente, se decide a buscar al culpable, con ese método tan personal de introducirse en su mente: «Lo mío no es sed de justicia. Créame, es que no me gusta que me tomen el pelo [...]. Tengo que entrar en el cuerpo del hijo de puta que ha decretado arbitrariamente el fin de una existencia» (p. 110).

nidad no se habrá apoderado un poco de las sociedades actuales.

Nació en el Trastevere cuando era un barrio bullicioso y lo habitaban gentes de mal vivir, es decir, «antes de que el turismo lo jodiera todo». De ahí que prefiera la urbe abrumadora, la buena vida de la ciudad, pasear como un romano elegante, enamorado de sus zapatos Clarks, de su loden y de unas innecesarias relaciones humanas. Esas preferencias contrastan con su forzado destino, una pequeña ciudad cuyo provincianismo le enerva y no lo disimula, con su aire sonoro y chulesco, que se guía por el nervio y no por el cerebro, por la frustración en

LA TROBAIRITZ**La baja literatura**

Al cumplir años vuelve la inocencia lectora, que puede verse como de poco gusto pero que yo prefiero tener por desprejuiciada

Alana S. Portero

La línea que separa lo que entendemos por alta y baja literatura tiende a dibujarse con un trazo grueso y firme, fronterizo, en algún momento de nuestra vida, y vuelve a desdibujarse o a hacerse difusa cuando nos hacemos definitivamente mayores y entendemos que leer, ese acto íntimo del que ya hemos hablado en esta tribuna, es o debería ser un placer sin más reglas que el disfrute. Una cosa maravillosa de madurar es no tener que mantener las imposturas propias de la juventud, sanas, necesarias para distinguirse y cultivar una personalidad, pero inútiles cuando una ya sabe con cierta seguridad quién es. En ese momento los placeres culpables pierden el adjetivo y solamente son eso, placeres, en toda su sencillez y rotundidad.

Le debemos casi todo a eso de lo que en algún momento hemos renegado, las novelas gacetilleras, las sagas hiperbólicas, los relatos pulp, aquellos textos que nos atrapaban durante horas en un estado de concentración absoluto, nunca hemos leído con mayor voracidad, pasión y ansia que en la infancia y en la adolescencia, como si cada libro llevase consigo el regalo del tiempo para leerlo. Decía **Paco Umbral**, y tenía razón, que en la etapa de formación a una le debería de gustar todo, sin filtros, sin distinguos, que la edad se encargaría de afinar el tamiz que separará el grano de la paja. Tiene su gracia que al cumplir años vuelva de alguna manera esa inocencia lectora que puede considerarse de poco gusto pero que yo prefiero calificar como desprejuiciada.

Durante buena parte de mis viajes de trabajo, en noches de hotel en las que no es fácil concentrarse después de presentaciones, eventos, conversaciones o mesas de debate, he vuelto a alguno de esos libros que entran en el torrente sanguíneo como los carbohidratos simples y me he descubierto perdiendo horas de sueño por culpa de **Anne Rice** –refundadora absoluta del mito del vampiro le pese a quien le pese–, **Robert Howard** –el mejor peor escritor de la historia– o **H. P. Lovecraft** –nadie hizo jamás tanto con tres adjetivos–. Si la lectura es un placer que se adquiere con la práctica, así lo definiendo yo, escritores como los citados y otros aún menos prestigiosos pero mucho más leídos de lo que seremos quienes hoy nos dedicamos a escribir, aquellos que pueblan las estanterías de las librerías de ocasión, entrenaron nuestra capacidad para dedicar tiempo a una costumbre que acabaría por definir nuestras vidas como nada lo ha hecho ni lo hará.

Creo que con excepción de **Mariana Enriquez**, que es, aparte de una de las mejores y más importantes escritoras de nuestro tiempo, casi la única que dice la verdad en las entrevistas, o así lo parece, en general no nos atrevemos a confesar cómo hemos llegado hasta aquí como lectoras y como escritoras, o lo hacemos parcialmente, rebuscando en el cofre de nuestros recuerdos hasta dar con algo que se pueda enseñar y nos haga quedar como estilistas precoces que ya merodeaban por los páramos del Parnaso a edades tiernas. Con esta tribuna salgo del armario de lo que se considera barato en literatura, o bajo, o malo, denominaciones todas que dicen más –y peor– de quienes las usamos o las hemos usado que de las obras así llamadas. Sin Anne Rice ni siquiera estaría escribiendo este texto y ustedes tampoco lo estarían leyendo. Bendita sea por eso y por volverme a hacer disfrutar de mi soledad cuando más lo necesitaba.

**Nostalgia y placer**

Sobre las nuevas figuraciones de **Iván Quesada** y **Mico Rabuñal**

Santiago Martínez

Iván Quesada (Oviedo, 1975) y **Mico Rabuñal** (Arteixo, A Coruña, 1979) muestran sus últimos trabajos en la Galería Aurora Vigil-Escalera de Gijón. Dos propuestas figurativas que conviven a la perfección a pesar de sus diferencias estilísticas. Las pinturas del artista asturiano –grafitos, acrílicos y pasteles–, de una figuración ya inconfundible, enlazan con la tradición pictórica del retrato y del paisaje. Las esculturas del artista gallego impresionan por la calidad de sus acabados y por la combinación de distintos materiales, utilizando principalmente granito y mármoles de Macael, Thassos y Marquina. Como afirma **Paché Merayo** en el texto de presentación: «Ambos son el paradigma de este cruce de caminos que, yendo en direcciones aparentemente opuestas, llegan al mismo destino: transformar su mirada vital en un objeto, ya sea pintado o esculpido».

Visitando, a principios de marzo, las diversas ferias que conviven durante la Semana de Arte en Madrid (ARCO, Urvanity, HYBRID, Art Madrid...) se ha podido observar el peso que está tomando la figuración en sus múltiples manifestaciones. Es interesante esta apuesta que singulariza a una serie de artistas que han trasladado a galerías y museos un arte que remite a la ilustración o al mundo del cómic. En el stand de Aurora Vigil-Escalera, en Art Madrid, destacaban los trabajos de estos dos

Hai venticinco años

El primer quartu del sieglu XXI tráxonos más histories de la llingua y de la política asturianas y tamién de la idea de nación

Lluís X. Álvarez

Daquién dixo qu'hobieren pasao yá venticinco años del sieglu XXI. Contestáron-y que yera más qu'eso: qu'algamemos el primer quartu del sieglu en cursu. A nadie se-y ve con ganas de cèlebrar estes dos décadas más un quinqueniu. Pero esiste una cierta hestoria de «venticincos» célebres. Quiciás el que más, n'España digo, foi'l períodu 1939-1964, convertíu gracias al políticu **Fraga Iribarne** na grande y moderna ocasión de «Los 25 Años de Paz». Yo tenía catorce años d'aquella pero cuando conocí a Fraga dime cuenta de que yera'l que remanaba'l material nel gobiernu de Franco. Y paz, paz, lo que se diz paz... En 1962, Güelga n'Asturies, en 1963, el casu complicáu de **Joaquín Grimáu** y demás executaos. Pero asina y too en 1964 salieron cientos de miles de cartelos cola pallabra PAZ y otros lletreros de frescu estilu pop qu'espardiéronse en cuatro idiomes: castellán, gallegu, euskera y catalán. Otra xugada de Fraga. ¿Pero cómo? ¿Y lo nueso d'equí? ¿Lo de la PAZ en bable? Vese que tábamos entretenies coles consecuencias de la Güelgona y nun tábamos pa extravagancies. Co-

mo seya, anagora paez que llévense más les cèlebraciones de 50 años, en política y sobre too nos matrimonios: les Bodes d'Oru prefírense a les de plata. Pero como'l quartu de sieglu asturianu 2000-2025 tien que tener dalguna significación habremos de venos con **Patrick W. Zimmerman** y con **Pablo San Martín**. ¿Por qué?

Patrick yera un chaval californianu que nel aniciu del sieglu presente corría pel Campus d' Humanidaes y per otros de la Universidá falando del so proyeutu de tesis doctoral: un estudiu del espollar de la llingua asturiana y de la idea social y nacional d'Asturies. Alcúerdome de cuando dicía: a la «contra» hai que tenela mui en cuenta. Total, que la tesis fízose (en Pensilvania) y Trabe sacó en 2012 el llibru que la cuenta. Col títulu mesmu vese qué ye lo que pasó: «Faer Asturias. La política llingüística y la construcción frustrada del nacionalismu asturianu (1974-1999)». Dos parrafinos perñidos del resume (páxines 9 y 10). «Sicasí, el casu asturianu despiende qu'una llingua diferenciada, aunque seya



Pablo San Martín. | LNE

davezu un componente básicu de los programes nacionalistes, nun suple en sí mesma pa un proyeutu políticu a plazu llargu». Y otru: «Los partíos gobernantes incorporaron a miembros del movimientu asturianista y fixeron delles concesiones (mínimes) al programa d'éstos mientres al empar frustraben sistemáticamente cualquier intentu de poner en práutica un cambéu significativu». Ye verdá que a lo llargo d'estos venticinco caberos años pudiere pensase que: la oficialidá ta al cayer, tol mundu reconoz a Asturies como una nacionalidá histórica, el nuestro estatutu vien a ser prácticamente como los del artículu 151. Suen a vieyo too esto, selo. Pero pasar nun pasó, nesiti primer quartu de sieglu.

Pablo San Martín Antuña ye un sociólogu ovetense al que-y tocó de mozu, nos años noventa, dar vueltes a la historia política del asturianismu y a la idea de nación. Ya en 1998 publicó «Asturianismu políticu: 1790-1936» (Trabe) con prólogu de **X. X. Sánchez Vicente**. Tamién trabayó, nel país vascu, con **Francisco Llera Ramo**. Y al rodiu de la tesis doctoral sacó (en Trabe, 2009) «La Nación (im)posible, reflexiones sobre la ideología nacionalista asturiana». El llibru de 1998 concluyía asina: «Esiste un movimientu asturianista políticu continuáu, una «tradição» d'Asturianismu Políticu, (...) qu'implicará la reivindicación d'un estatus políticu autónomu p'Asturies como comunidá diferenciada». Por embargu el títulu del llibru de 2009 ponnos ante un cambéu mui seriú. Una socioloxía empirista camudó en otra más conceptual y psicoanalista que yo nun sé si lleguemos a asimilar.

Cola ayuda del Gobiernu del Principáu d'Asturies

creadores que ahora podemos disfrutar en Gijón.

La obra de Mico Rabuñal abarca una amplia iconografía que cuenta con imágenes fácilmente reconocibles como Snoopy o Mickey Mouse, personajes icónicos y atemporales que nos trasladan a la infancia y juventud y que, formalmente, enlazan con un lenguaje pop potenciado por el acabado de los colores. Pero hay otras obras que despiertan un interés especial; me refiero a «Yo estuve aquí», por ejemplo, que, tallada en granito, plantea un interesante juego compositivo entre una pieza de «Tetris» roja y su impronta o huella, remitiéndonos a la arqueología de los videojuegos, a rememorar momentos vividos que provocan una nostálgica sonrisa. «Espere su turno» es un relieve, también tallado en granito, de un corazón concebido a manera de dispensador de tickets del amor, cuyo «número 13» se ofrece cargado de ironía. El hecho de que en estos trabajos se mantenga el color natural de la piedra, su granulada y textura, potencia su carácter háptico, planteando una llamativa contradicción entre el tema representado y la materia.

La propuesta de Iván Quesada está representada por pinturas en distintas técnicas, señalando cómo el cambio de registro no interfiere en su autenticidad y frescura. Las piezas de menor formato realizadas con grafito mantienen una pureza estilística basada en el dominio del dibujo y en las posibilidades que ofrecen las gradaciones y difuminados del blanco al negro. El encanto que desprenden estas grisallas es realmente conmovedor, representando escenas afectivas que buscan nuestra complicidad y que se podrían entender como apuntes o estudios previos para un posterior desarrollo a mayor tamaño. También de menor formato son sus pasteles, técnica acertada para reinterpretar cuadros de corte histórico como «Retrato de una dama francesa llamada Mademoiselle de Bionville», exquisito apropiacionismo estético de una obra rococó de **Alexander Roslin** donde el sello de

nuestro pintor, el gesto deformante de su rostro y una pincelada libre de ataduras, no contradice su esencia clásica. De las piezas grandes es destacable «Hermana mediana», donde ha trasladado la reducción cromática del grafito al acrílico sobre lienzo. Esta obra viene a equilibrar el protagonismo de las pinturas concebidas como una auténtica explosión de color. En esas piezas, entre las que se encuentra un original retrato de Aurora Vigil-Escalera, directora de la galería, advertimos la traslación de las composiciones y temáticas clásicas (retratos, vistas panorámicas y gabinetes de cuadros) a su estilo informal característico. Éste es otro de los aciertos del autor, el recurrir a los cánones establecidos para transgredirlos, para aportar una visión absolutamente innovadora a la figuración contemporánea.



La exposición de Iván Quesada y Mico Rabuñal.

«Realidad perseguida, realidad desmembrada» es un juego de apropiaciones y deconstrucciones de imágenes cargadas de sarcasmo, pero también con un importante componente emocional y poético. Hay mucho de nostalgia en ellas. Su visita no solo provoca una sensación muy agradable y placentera, lleva a reflexionar sobre los nuevos derroteros de la creación plástica confirmando la fuerza que la figuración ha adquirido para seguir sorprendiéndonos.

Al lado de estas líneas, «Retrato de una dama francesa llamada Mademoiselle de Bionville» y «Hermana mediana». Más a la izquierda, «Espere su turno» y, debajo, «Yo estuve aquí»

Iván Quesada + Mico Rabuñal

Galería Aurora Vigil-Escalera c/ Capua 21, Gijón Hasta el 6 de mayo



«Todo lo que escribimos estaba antes en nosotros»

«Me interpela el asunto del cuerpo manifestándose y las causas emocionales de la enfermedad; un cáncer puede ser una emoción reprimida»

Elena Pita

Se presenta en su apariencia frágil, delgada en extremo y sin embargo, bella, muy bella. No es **Cristina Sánchez-Andrade Potter** como esas protagonistas cuyas atormentadas en busca de una forma y una voz masculinas. A ella (Santiago de Compostela, 1968) se le siente contenta y acomodada en su feminidad. Tampoco se parece a esas oradoras fabulosas que una imagina contando las historias de sus libros, sino que tiene apariencia de sesuda y sensata mujer de letras fajada en mil estudios y lecturas. Licenciada en Derecho y Periodismo, fue funcionaria de prensa en el Parlamento, también en la SGAE; y fue madre joven, lo es de cuatro hijos, y feliz esposa, y en el camino, partiendo de la capacidad oratoria de sus ancestros femeninos, encontró su voz o las decenas de voces que desde el firmamento al subsuelo pululan en sus narraciones fantásticas. Y celtas.

Versa su última novela o largo relato poético, «Habitada», sobre un caso de *corpo aberto* o posesión sucedido en una remota aldea al norte de Galicia. No es la primera vez que su literatura se sumerge en estos fenómenos alucinatorios que, sin ser la mente consciente, el cuerpo dicta guiado hasta el delirio por la emoción, que es también el sentimiento que a ella le conduce: «Para contar —dice— necesito que la historia se conecte personal y corporalmente conmigo». No todo es explicable ni mucho menos racional en el universo de esta criatura atlántica, es fantasía pero es real y ni ella sabe explicárselo: «Todo lo que escribimos estaba antes en nosotros».

— Gonzalo Torrente Ballester recordaba las broncas editoriales por teñir su lenguaje de voces gallegas no traducibles, empleadas con la misma naturalidad de una onomatopeya. ¿Qué le dicen a usted cuando empieza con la cantinela de *pota, coso, espantallo, birollo, arrecaray, cativo, alevai* y por ahí?

— Afortunadamente, lo respetan, saben que es parte fundamental de mi universo literario. Creo que por el contexto llegas al sentido de la palabra. Alguna vez me han sugerido que incluya un glosario de los términos gallegos que utilizo, pero sería lo último que haría, porque además no son solo las palabras, sino la estructura de las frases que reproduce la forma de hablar, la oralidad gallega.

— La oralidad, que hasta hace bien poco no estaba bien vista y ahora, ¿no es cierto que se ha convertido en un valor en alza?

— Totalmente, pero es la literatura de la que yo he bebido siempre. Más que Torrente Ballester, o Camilo José Cela, o Emilia Pardo Bazán, que sí que son autores referentes, siempre me interesaron más otros que ya reproducían esa oralidad, como Anxel Fole, Rafael Dieste y Carlos Casares, un autor a quien hoy se está recuperando y del que he traducido un maravilloso libro de cuentos, «Vento ferido».

— Cuenta que a su abuela Isidora, relatora de historias, le debe el asombro por la vida y, después, esa capacidad de narrarla. ¿Sus historias surgen aún de esa memoria o cómo consigue poner tan cerca el oído para que le cuenten leyendas y cuentos del imaginario popular?

— Empecé recuperando toda esa memoria familiar en «Las inviernas», porque me preocupaba que se perdieran las historias: hice el esfuerzo de anotarlas, todas. Me sentaba con una de mis tías, dos de ellas fueron las herederas de ese don que tenía mi abuela, y anotaba; pero siempre sucedía cuando ellas querían, y a santo de algo que hubiera sucedido en el momento. Y empecé a visitar los lugares, sobre todo, la aldea donde mi abuela ve-raneaba siendo niña, Cumbrados, a 50 kilómetros de Santiago. Gracias a haber pasado tanto tiempo allí, entre la gente del lugar, llegó a hablar muy bien un gallego muy vivido y natural, nada académico, ese que en las aldeas se mezcla con el esfuerzo de hacerse entender metiendo palabras del castellano. Pero es que así es como se habla allí, no tiene nada que ver con el uso ortodoxo del catalán, por ejemplo.

— En Cataluña se mantuvo en diferentes épocas el catalán en las escuelas y en las familias pudientes, todo lo contrario de lo que sucedió en Galicia.

— Mis tías también tienen esa forma de hablar: te están contando algo y de pronto, pum, meten como si nada una historia, sin darle importancia. Hace dos veranos me dieron el título de lo que ahora estoy escribiendo, «Las gratuitas», que eran las niñas que iban becadas a las escuelas religiosas de pago. Esto me da pie o es el origen de donde yo empiezo a tirar del hilo, y a lo mejor al final no tiene nada que ver con lo que ella estaba contando.



E

ENTREVISTA

CRISTINA
SÁNCHEZ-
ANDRADE

ESCRITORA



Cristina
Sánchez-Andrade. |
Victòria Rovira

— Como el caso de *corpo aberto* [cuerpo poseído por un alma en pena] de san Xurxo de Moeche, que es punto de partida para «Habitada». ¿Cómo dio con ello?

— Lo leí ni recuerdo dónde, empecé a investigar y logré apenas unos datos básicos, pero quise llegar a saber cómo aquella mujer, en la Galicia rural de los años 20, había sido capaz de convencer a la gente de que estaba habitada por un hombre. Lo importante es que la historia me interpeló y que conectaba conmigo, es fundamental encontrar la conexión personal de la historia con uno mismo.

— ¿Por qué, en concreto, conectaba?

— Me interpela este asunto del cuerpo manifestándose independientemente de la mente, el lenguaje corporal y las causas emocionales de las enfermedades: un dolor de cabeza es una emoción reprimida, un cáncer también puede serlo. La enfermedad suele ser una manifestación de una emoción que hay o ha habido en ti. Y todo lo que escribimos está antes en nosotros, es casi una capacidad premonitrice de lo que va a ocurrir. No soy la primera en decirlo: Federico García Lorca presintió su muerte, Olvido García Valdés supo sobre su cáncer, igual que Clarice Lispector.

— Siguiendo con la posesión, ¿habrá en el mundo lengua que tenga tantas denominaciones para el diablo como tiene el gallego?

— No lo creo. Es debido a la conexión con la muerte, el mal y el más allá que están tan presentes en la cultura gallega. En el libro se habla por ejemplo de esas viejas que viven en el bosque y se llevan a los niños, *as vellas do caldo*, que son las luciérnagas, que tienen más de 20 acepciones en gallego.

— Me está entrando cierto miedo y... ¿Sirve de algo el miedo? Le leo: «El primer deber de una madre cristiana es llenar la mente de su hijo de miedos».

— Nuestra cultura judeocristiana lo utiliza como forma de control, todas las religiones lo han utilizado para someter. Y aunque la religión haya perdido fuerza, sigue siendo el miedo un instrumento de poder: el miedo cohibe, mira el miedo que infunde Donald Trump.

— ¿Y el pudor?

— Tiene mucho que ver con la sociabilidad, es algo que enseñamos. Y es también un instrumento de control, sobre todo sobre la mujer, porque parte de un estereotipo o arquetipo tan internamente insertado en nuestra cultura que actúa a un nivel inconsciente y aunque no lo quieras.

— Cristina, ¿qué separa a lo irracional de lo fantástico?

— Son prácticamente lo mismo. Mi personaje vive en una irracionalidad o locura y a través de ello entra en la fantasía entendida como realismo mágico, que en Galicia fue algo muy anterior al boom latinoamericano. La vuelven loca y encuentra la fantasía como escape de un mundo que no comprende, le molesta, no le gusta.

— Pero ¿diría que esto es realismo mágico?

— Podría serlo, porque al final responde a un comportamiento mágico. ¿Quién racionalmente puede creer que ella ha sido poseída por un hombre? Pues todos allí, el pueblo y los académicos enviados, están convencidos de que se ha convertido en un hombre, y así fue según los documentos rescatados.

— Cristina, ¿qué media entre Ánxel Foley y Flannery O'Connor, dos de sus mayores referentes literarios?

— La oralidad y el apego a la tierra o lo local, aunque O'Connor tiene un gusto por lo grotesco que Fole no desarrolla, como si hace por ejemplo Ramón María del Valle-Inclán en su esperpento. Fole, a través del terruño, llega también al realismo mágico.

— Cuenta que aprendió a escribir dando clases de escritura. ¿Me permite que lo dude? Porque intuyo que la poesía le nació mucho antes.

— Pues es verdad, así fue. Todo escritor en su base tiene un talento, pero has de domesticarlo, porque puede descontrolarse o hacer que tardes mucho más tiempo en llegar a donde quieres, que es lo que a mí me ocurrió. Empecé sin saber nada sobre escritura, dando bandazos, y poco antes de publicar «Las inviernas», empecé a trabajar en talleres de escritura, porque necesitaba una técnica. Como profesora de escritura creativa siempre recomiendo que se conozca lo canónico pero que esto no solape la intuición: uno ha de escribir desde la entraña.

— En cualquier caso, su gran fuerte es el relato, pero ¿es este país para cuentos y relatos?

— No, por eso no publico más relatos. Disfruto muchísimo escribiendo relato, me parece lo más gratificante. Y también lo más sencillo, porque tengo interiorizadas mis reglas.

— Este largo relato poético que es «Habitada» da un giro sorpresivo en su segunda parte y se torna en una parodia bíblica. Contra la oscuridad, ¿humor a tintado de negro?

— Claro, humor y poesía, un contrapunto necesario, porque si no sería demasiado sórdido, oscuro y dramático.

— «La telaraña de la culpa — escribe, sin mayúsculas — ahí es donde caemos las mujeres cuando empezamos a tener una edad». ¿Es la culpa intrínseca a la naturaleza femenina?

— No, tiene que ver con la socialización y con la cultura. Y, en concreto, la nuestra la ha fomentado mucho, algo que viene desde la construcción de los mitos: Pandora, Eco, Eva y otros mil personajes femeninos cargados de culpa. Asumimos inconscientemente el arquetipo.

— Ese deseo de ser hombre que configura a algunas de sus protagonistas, ¿responde a la indefensión ante el abuso y la imposibilidad de asumir la desigualdad?

— En realidad esta mujer no desea ser

hombre, sino tener la voz y las capacidades del hombre que a ella se le niegan. Y lo bueno es que la encuentra, una voz de hombre con autoridad y poder: es la única forma posible de escapar a una situación que ni siquiera entiende.

— ¿Y qué sería «el mal del útero errante»?

— Es una teoría que viene de tiempos de Hipócrates: se pensaba que el útero se movía dentro del cuerpo, fíjate qué barbaridad. Todos los males femeninos se achacaban al aparato reproductor y en concreto al útero, que interpretaban como un corcho que flotara por el organismo. A veces, por ejemplo, llegaba a la glotis, y así las mujeres sucumbían al desmayo por asfixia. Los científicos hacían mil cosas absurdas como intentar atraer el útero con olores, con gases, con masajes y vibradores. La historia de la medicina en cuanto a los males femeninos es alucinante, recuerda la neurastenia.

— ¿Cuántos daños no habrá provocado el comezuelo en el rural gallego? Mi madre me confesó: «Muchas hacían trampas, yo no», y tuvo 11 hijos.

— Pobres mujeres, menos mal que hacían alguna trampa. El comezuelo es un hongo que crece sobre todo en el centeno y que, además de ser abortivo, tiene efectos alucinógenos. Está en la fórmula base del LSD y se cree que las brujas de Salem actuaban bajo sus efectos.

— Dice que escribir es mucho más largo y difícil que tener hijos, y tiene usted cuatro, y a la pequeña, que nació con síndrome de Down, le escribió «El libro de Julieta». ¿Hay que ser una mujer muy segura de sí misma para que la maternidad no te pese y te confunda?

— No creo que yo sea tan segura, pero es verdad que la maternidad todo lo permea. Está presente en todos los aspectos de tu vida: ser madre es determinante en la vida de cualquier mujer. Pero a mí, y como señala con acierto mi marido, la maternidad también me ha nutrido mucho a la hora de escribir.

— ¿Más difícil y largo que escribir?

— No, no, ser madre es muy complicado y no se acaba nunca: los hijos son para siempre.

— ¿Por qué entonces andan siempre los niños como sombras redivivas en el subsuelo de sus fábulas?

— No lo sé, son cosas que están ahí, que vienen de esa relación de la escritura con lo corporal: hay cosas que escapan a mi entendimiento, no sé explicarlo. En «Habitada» hay varias mujeres que han perdido a un hijo y lo quieren recuperar, y a ella le hacen perder no sabemos cuántos...

— Cristina, ¿vive aún el tiempo dentro de nosotros?

— Claro. El tiempo es un misterio, su medida depende totalmente de nosotros, es distinto para cada uno de nosotros. Lo pienso mucho cuando nado... ¿qué es el tiempo?

BLOC DE NOTAS

Furia y esperanza

En «El museo de las contradicciones», **Antoine Wauters** desarrolla en tono airado y poético, sin responder al maniqueísmo oficial, doce discursos de personajes atrapados en sus existencias y aplastados por la violenta actualidad

Luis M. Alonso

Actúan de forma coral, como si se tratara de una tragedia griega, las voces que componen los doce relatos de «El museo de las contradicciones», premio Goncourt 2022, del belga **Antoine Wauters** (Lieja, 1981). Pertenecen a discursos independientes y a la vez unidos, de personajes atrapados en las paradojas de sus interioridades y aplastados por una actualidad política violenta. Se trata de un manifiesto poético en el que unas cuantas personas anónimas expresan su desesperación, sus intentos de vivir en medio de las ruinas que dejaron sus predecesores. Wauters examina la sociedad bajo distintos ángulos: la mujer que habla a su marido o el discurso dirigido a Dios de alguien que se caracteriza por el miedo. No son, sin embargo, en este caso, discursos desesperanzados; por más que suenen atronadores y enfurecidos acaban volviéndose compasivos, y en muchos momentos conmovedores. Pervive en ellos una especie de oralidad que imprime ritmo al texto e incita al lector a enfatizar las palabras mientras lee. Ese mismo lector puede llegar a convertirse en un intérprete más del coro airado de personajes de Wauters. Las frases, rotundas al inicio, terminan siendo una especie de recitativo más largo en el plano concluyente que exige la escritura de este libro, filosófico en ocasiones y siempre comprometido. Es verdad que alguien puede ver en él una filosofía simplista de combate por la propia intención del autor de mostrarse claro en su caleidoscopio de voces reivindicativas. Pero las palabras se expresan como es debido y Wauters no tiene inconveniente en recurrir a giros coloquiales de modo ingenioso sin renunciar por ello al

tono poético de la escritura. Respeta la dinámica o el vocabulario de sus personajes, infla las velas de su retórica, afila las palabras y cuida con esmero el ritmo de los manifiestos que recoge y que no siempre cuentan una historia sino que emprenden una nueva carrera de obstáculos dentro de la existencia, con sus vacilaciones y arrebatos, en un anillo literario y social propio de la psicomafia contemporánea.

Escritos durante el confinamiento por la pandemia, son doce cuentos, otras tantas homilías y reclamos dirigidos a las autoridades: al político, al magistrado, al médico, al marido, et cetera. Una docena de personajes proclama su cólera y su distanciamiento de la sociedad, expresa sus anhelos, sus sueños, que consisten simplemente en dirigirse al mar en paz, reempezar aquella ruta por el bosque, cazar, regresar a la montaña, ensimismarse con el paso del tiempo, volver a tirar los dados, reinventar las posibilidades, rescatar la música y las palabras, que Wauters mima como si las agitara y, acto seguido, ordenara, tal que si el lenguaje las guiase con la precisión de un orfebre. En su museo de las contradicciones, el escritor belga concede a los «visitantes» la oportunidad de guiarse desde el principio, de los epígrafes hasta el final, mismamente en mitad de la lectura, por una serie de cicerones: **Barthes, Calvino, Sylvia Plath, Scott Fitzgerald, Pasolini, Cormac McCarthy, Fritz Horn, Violette Leduc** y otros. También, la ocasión de zambullirse en ese homenaje a la poesía y a **Ingeborg Bachmann** de «Discurso de la minoría que ahora es mayoría».



Antoine Wauters. | Editorial Demipage

Una especie de ética de la contradicción se mueve por el libro pero no del modo en que cualquiera podría imaginarse. Wauters no responde al discurso oficial maniqueo con el suyo propio para evitar caer en el mismo pecado. Lo que hace es componer de manera coral una respuesta ambivalente y así no tener que elegir bando. De esta forma, la palabra adquiere una autoridad terapéutica inspirada en la libertad. Todo ello sin abandonar una aparente esperanza de la que no reniega y parece estar encerrada en esa frase de Scott del frontispicio de la novela: «(...) Uno debería, por ejemplo, ser capaz de ver que las cosas son irremediables y, sin embargo, estar decidido a hacer que sean de otro modo».*

TINTA FRESCA

Y llegó el día de la venganza

Josan Mosteiro exhibe destreza narrativa y contagia inquietud en la novela negra «La última bestia»

Tino Pertierra

«La última bestia» arranca sin miramientos. La periodista Asunta Loureiro salta a la actualidad cuando, durante una rueda de prensa de un partido de ultraderecha gallego, un político la insulta y ella le replica con una buena bofetada. Con un par. Poco después, el político insultador y abofeteado aparece muerto en el bosque con las manos amputadas. Las fosas no acaban ahí. Cuando Loureiro recibe un correo electrónico enviado por una mujer asesinada el día anterior, en el que le suplica que descubra al culpable de los asesinatos, la periodista se encontrará ante un dilema esencial: ¿se puede y/o se debe esquivar la ley para hacer justicia?

Josan Mosteiro es el sobrenombre de **Josan Hatero**, quien ya firmó con su segundo apellido el thriller «La cosecha pálida». Libros como «Biografía de la huida», «La piel afilada» o «La intimidad de los viajeros», avalan su destreza narrativa y su capacidad para la hipertensión dramática. Le rondaba desde hacía tiempo la idea de «escribir una historia de venganza. Es uno de mis temas literarios favoritos y nunca lo había afrontado directamente. Quería que el lector se cuestionara la línea que separa justicia y venganza. Además, en mi anterior novela negra, construí el personaje de Asunta Loureiro y me apetecía repetir con ella y con algunos de los secundarios que la acompañaban, aunque esta novela se puede leer independientemente». La primera parte, explica, «contiene un acto de violencia, de crueldad premeditada, que me costó escribir, pero creo que era necesario para justificar lo que vendría después. Me satisface la propia escritura, el hecho de escribir. Soy un contador de historias. Esa es mi manera de relacionarme con el mundo. Sentarme delante del ordenador con una idea y estirar la hasta convertirla en algo redondo que respira por cuenta propia».

Cuando estás escribiendo una novela, confiesa, «a menudo tu realidad se filtra de forma inevitable entre las páginas. Pero creo que el trabajo del escritor es inventar. Por fortuna, tratándose de la historia que es, no hay ninguna experiencia propia en sus páginas, salvo el conocimiento de la geografía gallega, la tierra de mi madre». Le gustaría creer que en su obra se puede rastrear la influencia de **Patricia Highsmith**, «pero no me atrevería a asegurarlo. Me gusta mucho su mala leche, su manera esquinada de mirar al ser humano». Le gustaría despertar en los lectores «rabia y dudas. Que el lector se pregunte cómo actuaría si se estuviera en la situación en la que se encuentra Asunta en la parte final de la novela». Cree que toda buena historia «nace de personajes interesantes, que sean verosímiles pero no previsibles. Luego se trata de ponerles obstáculos y ver si son capaces de superarlos. Si al lector le interesan los personajes, querrán saber qué va a ser de ellos. Crear expectativas es cuestión de oficio. Montar una estructura equilibrada y vestirla con un lenguaje preciso, en el que no sobra nada. En el género negro es especialmente importante el ritmo. Para ello empleo mucho diálogo, un estilo muy visual y capítulos cortos y que terminen en alto. No es más que eso».



La última bestia

Josan Mosteiro

Roca, 328 páginas
21,90 euros



El museo de las contradicciones

Antoine Wauters

Traducción de Borja Mozo Martín
Demipage, 116 páginas, 17 euros